

Fronteras movedizas: lenguaje en la literatura de los márgenes¹

Alejandro Reyes²

Por el laredo de los volcanes, el sol se ralla de suave sobre las azoteas de las casas donde el perro escupe su rabia atrapada, junto con butica chivaches y madera apilada y cuadros de biclas, huacales, antenas chuecas y puntas de varillas cubiertas con cascos de chelas y chescos.

Es un día chiro. Así debió de rolar el dios del salitre por el mundo en la víspera del génesis, después de hablar consigo mismo, y ordenar machín –quién sabe a quién–: ¡hágase la luz! (MENDOZA 2009: 33).

El tema de mi plática hoy es la literatura de los márgenes, y más específicamente la literatura que se produce en el barrio de Tepito, en la Ciudad de México, y en Ciudad Nezahualcóyotl o Ciudad Neza (o Nezahualodo, Neza York, Mi Nezota, Neza Rock y muchos nombres más), una de las mayores periferias del mundo, al este de la Ciudad de México. Es una literatura que tiene mucho que ver con lo que en Brasil se llama la literatura periférica, marginal o divergente, y que en las últimas dos décadas, a diferencia de México, se ha constituido en un verdadero movimiento literario. En particular, me gustaría examinar el papel del lenguaje en esta literatura, como elemento característico desde el punto de vista literario pero también en su dimensión política.

Mi interés por esta literatura surge como indagación teórica y académica, desde luego, pero mucho más a partir de una urgencia: la necesidad de buscar caminos de vida en tiempos de muerte. Todas y todos estamos viendo una espiral de violencia brutal en todos sentidos y que al mismo tiempo se naturaliza de tal manera que muchas veces no logramos siquiera percibirla. En México en la última década tenemos unos 150 mil asesinados y unos 35 mil desaparecidos, según cifras oficiales, y todo un nuevo léxico para nombrar las nuevas formas de brutalidad: los encajuelados, encintados, encobijados, descabezados, disueltos, destazados, descuartizados, etc. México se ha vuelto uno de los países más peligrosos del mundo para ejercer el periodismo, que es una de mis labores, con regiones enteras donde las políticas editoriales de los medios los

¹ Texto da conferência proferida no X Congresso Brasileiro de Hispanistas (UFS). Recebido em 21 de novembro. Aceito em 26 de novembro.

² Doutor em Literatura Latino-Americana pela University of California (UC), Berkeley.

dicta el crimen organizado. Y un Estado en todos sus niveles y con todas sus fuerzas represivas indistinguibles del crimen organizado.

Y sin embargo la situación en Brasil no es muy diferente, aunque sea menos visible, por lo menos para las clases privilegiadas. En mayo viajamos por Bahía y Pernambuco con una exposición llamada “Insurgencias mexicanas: poéticas de vida en tiempos de muerte”,³ con curaduría de Luciana Accioly, en la que presentamos obras sobre desaparecidos y feminicidios, así como fotografías de iniciativas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y en esa ocasión tuvimos la oportunidad de vincularnos con el movimiento de las Madres de Mayo de Brasil. Y ellas nos hablaron de 60 mil asesinados y 70 mil desaparecidos *por año*; una cifra asustadora de víctimas que, sin embargo, no se discute ni aparece en los medios de comunicación nacionales o internacionales, porque en su gran mayoría las víctimas son originarias de las periferias y favelas del país: poblaciones invisibles y desechables para buena parte de la sociedad brasileña.

Al mismo tiempo, a nivel mundial vemos una polarización de la riqueza sin precedentes en la historia y, por primera vez, una producción sistemática de poblaciones descartables que no sirven ya siquiera como mano de obra de reserva, sino que simplemente no caben en el sistema y que, para éste, habría que descartar; que es precisamente lo que está sucediendo. Y 95% del crecimiento de dicha población, según Mike DAVIS (2007), sucede justamente en las periferias y “barrios bravos” de los países del mal llamado tercer mundo.

La literatura periférica/marginal/divergente/de los sótanos surge precisamente en ese contexto y explícitamente en respuesta al mismo, y es por eso que me interesa analizarla tanto en sus características literarias como en su potencial emancipatorio.

Hace más o menos 10 años empecé a trabajar con escritores del movimiento de literatura periférica/marginal/divergente en São Paulo y Bahía. Al mismo tiempo, unos amigos y yo fundamos la editorial independiente Sur+ en México, y por medio de ésta empecé a trabajar con escritores del barrio bravo de Tepito en la ciudad de México, pertenecientes a un taller literario y multidisciplinar llamado El sótano de los olvidados (2010), con quienes publicamos la antología *Netamorfosis: Cuentos de Tepito y otros barrios imarginados*, en una colección que se llamó Imarginalia, en la que después

³ Ver <https://urucum-artes.org/blog/acciones/insurgencias-mexicanas/>.

publicamos la novela *Manual práctico del odio* de Ferréz (2012), en traducción mía. Y en 2013 publiqué *Vozes dos porões*, un estudio literario y político sobre el movimiento de literatura periférica/marginal en Brasil.

Las obras de esta literatura de los márgenes, tanto en Brasil como en México, comparten varias características que las distinguen de la literatura canónica, aunque también difieren entre sí, sobre todo en términos de su temporalidad (en Brasil el fenómeno se manifiesta sobre todo en las últimas dos décadas, mientras en México surge desde la década de 1970) y de su alcance (en Brasil se ha transformado en verdadero movimiento literario, con un impacto significativo en el mercado editorial, los medios de comunicación y la academia, mientras en México goza de poca visibilidad).

La principal semejanza entre la producción brasileña y la mexicana es desde luego el lugar desde donde se mira. La temática de las clases populares, los espacios marginales y/o marginalizados y la violencia urbana no es nueva y mucho menos específica a esta literatura; de hecho, dicha temática fue uno de los ejes fundamentales en la construcción de las identidades nacionales, tanto en Brasil como en México, y desde finales del siglo XX, respondiendo a la creciente violencia vivida en las ciudades latinoamericanas, ha llegado a conformar verdaderos subgéneros, como la narconovela en México. Pero lo que distingue a la literatura de los márgenes de esas tendencias es justamente el lugar de la mirada: la mirada de dentro. “No somos el retrato”, escribe FERRÉZ, “al contrario, cambiamos el foco y tomamos nosotros mismos nuestra foto”⁴ (2005: 9).

En general se trata de una literatura realista (muchas veces como una versión “marginal” del realismo brutal que surgió en Latinoamérica en la década de 1970), casi nunca introspectiva, más preocupada por narrar las dinámicas sociales en los territorios explorados que las problemáticas internas de los personajes. Es una literatura muy preocupada por la temática de la violencia, pero con un tratamiento muy particular de la misma, que evita la espectacularización y la banalización, a diferencia de mucha de la literatura contemporánea de cuño más comercial, que tiende a tratar la violencia como forma de entretenimiento. Una literatura preocupada con la memoria, como archivo histórico y mecanismo de resistencia ante la homogeneización impuesta por la

⁴ La traducción es mía.

globalización neoliberal, pero también como forma de resignificar el pasado para reconstruir el presente y reelaborar el sujeto, tanto individual y colectivo, ante las condiciones traumáticas de vida en las favelas, periferias, prisiones y barrios bravos. Y una literatura que manifiesta una compleja y creativa relación entre la oralidad de las poblaciones de dichos espacios y la palabra escrita, subvirtiendo la lengua dicha “erudita” con la poética (o *netapoética*, como diría el tepiteño/nezeño Primo Mendoza) de los barrios. Este uso del lenguaje, como veremos más adelante, cumple también una función de mediación cultural, funcionando como puente para subsanar el abismo entre las clases sociales.

Me gustaría enfocarme hoy en este último punto: el lenguaje. Desde tiempos coloniales, el lenguaje en Latinoamérica, sobre todo en su versión escrita, ha estado asociado a las estructuras de poder y ha sido utilizado como mecanismo de opresión y exclusión. En *La ciudad letrada*, Ángel RAMA (1998) examina la conformación histórica en América Latina de una élite letrada que fue fundamental en la consolidación del poder.

En este sentido, resulta interesante examinar de qué forma llega el castellano a la América hispánica. El 18 de agosto de 1492, dos semanas después de la partida de Cristóbal Colón en el viaje que lo llevaría a “descubrir” el continente americano, se imprimió en Salamanca la *Gramática castellana* de Elio Antonio de Nebrija. Se trata de la primera gramática en la historia de una lengua moderna; hasta entonces, las gramáticas (griega, latina, del sánscrito) tenían la función de describir las lenguas muertas. La gramática de Nebrija, en contraste, tenía la intención de unificar la gran variedad de formas vernáculas del castellano que se hablaban en la península ibérica en la época, “inventando” así una única lengua, que a partir de entonces pasaría a considerarse la “correcta”. Al mismo tiempo, como queda evidente en la introducción de seis páginas de Nebrija, dirigida a la Reina Isabel, dicha normalización de la lengua serviría como mecanismo de control al interior del reino y como instrumento de dominación imperial. Además, al otorgarle al castellano una gramática, se le equiparaba a las lenguas consideradas en la época portadoras de conocimiento —el latín, el hebreo y el griego—, definiendo así una jerarquía lingüística: las lenguas “en sentido pleno”, capaces de comunicar conocimiento, por un lado, y las “lenguas no-lenguas”, por otro,

útiles en la cotidianidad pero incapaces de expresar conocimiento auténtico. Surge así lo que Gabriela VERONELLI (2015) ha denominado la colonialidad del lenguaje.

Este dominio de la lengua escrita como privilegio e instrumento de poder de una élite letrada va de la mano de las políticas educativas en nuestro continente desde la época colonial. Una de las consecuencias de la gramática es que, a partir de entonces, el lenguaje “correcto” no es ya el que se habla y se construye en la dinámica del intercambio cotidiano, sino el que se enseña en instituciones controladas por el Estado. Las políticas educativas en América Latina han sido, a lo largo de los últimos siglos, claramente diferenciales en términos de lo que se ofrece a las clases privilegiadas y a los de abajo. Para estos últimos, la educación, sobre todo a partir del siglo XIX, ha sido instrumental, en el sentido de formar trabajadores dóciles y obedientes. En la novela *Balún Canaan*, de Rosario CASTELLANO (2010[1957]), por ejemplo, vemos cómo las políticas educativas posrevolucionarias introducidas por Lázaro Cárdenas son tergiversadas y aplicadas de manera muy selectiva. Para los indígenas, la educación es una farsa y un sinsentido: los finqueros reconocen como una amenaza (y una ofensa) que los indígenas dominen el castellano, al mismo tiempo que se les discrimina justamente por, presumiblemente, ser incapaces de aprender dicha lengua. Dichas diferencias permanecen hasta hoy, a pesar de las reformas educativas y la introducción de conceptos como la educación intercultural, que en la práctica dista mucho de haber logrado revertir la exclusión de las poblaciones marginalizadas.

En contraste, Humberto MATORANA (1990 citado en VERONELLI, 2015) introduce el concepto de “lenguajear”: la construcción dinámica de sentido, el lenguaje como algo vivo, maleable, construido en los intercambios cotidianos en el ámbito de un cierto territorio y, por lo tanto, relacionado a una cierta comunidad. Un lenguaje que no se somete a reglas rígidas, sino que se construye por medio de juegos creativos constantes.

Un ejemplo vivísimo del lenguajear es el albur, ese juego de palabras de los barrios bravos sobre todo de la Ciudad de México, lleno de dobles sentidos sobre todo de carácter sexual, en los que al parecer se habla de una cosa cuando en realidad se habla de otra, generalmente insultando con pícaro jovialidad al interlocutor. Esta forma de comunicación termina creando espacios de indecibilidad (espacios impenetrables

para quien no forma parte de la comunidad de dicho territorio) y es usada no sólo como ejercicio lúdico, sino también como forma de resistencia.

Ante esto, el poder hegemónico discrimina, reduce y menosprecia el lenguaje popular, asociándolo a la ignorancia e incluso a la criminalidad, sobre todo en sus aspectos de colectividad que de alguna forma amenazan a las estructuras de poder. Ejemplos de eso son los términos “*maloqueiro*” en Brasil y “ñero” en México. La definición en el diccionario *Priberam* de *maloqueiro* es: “*Criança que rouba ou trabalha para ladrões e que geralmente vive na rua; Pessoa andrajosa; Pessoa grosseira ou mal-educada; Pessoa que faz parte de um grupo que não inspira confiança*”. Sin embargo, *maloqueiro* viene de *maloca*, la casa colectiva tradicional de los pueblos originarios de Sudamérica, donde se realizan rituales, se cuentan historias, se construye y reconstituye la memoria colectiva. “Ñero”, por su parte, no existe en el diccionario de la Real Academia, pero el *Oxford Dictionary* de español lo define, en su acepción mexicana, como: “Que es vulgar y no tiene educación”, y se le entiende en México como una forma peyorativa de referirse a las clases populares. Sin embargo, la palabra viene de “compañero”; o sea, de quien comparte códigos, valores y visiones de mundo (en su caso, diferentes de los hegemónicos). Así, al asociar estas palabras a la criminalidad, se criminalizan también las formas de convivialidad propias de espacios fuera del control hegemónico.

Ante eso, los escritores de los barrios bravos subvierten el lenguaje, impregnándolo de la poética popular. Esta subversión lingüística va en varios sentidos. Por un lado, por pura rebeldía, por puro placer. Esto somos, así hablamos, parecen decirnos los textos. Pero hay más. Desde la primera mitad del siglo XX, lo que entonces se llamaba “el pelado” –los de abajo, pues– fue objeto de interminables discusiones en las tentativas por construir un sentido de identidad nacional, con una mirada invariablemente desde la perspectiva de una clase media ilustrada. La literatura de los márgenes invierte esa perspectiva, y uno de los instrumentos para hacerlo es el lenguaje. Narrar la propia realidad con el propio lenguaje de dicha realidad nos aproxima a la misma de una manera completamente distinta.

Un ejemplo muy temprano de esto es la polémica novela *Chin Chin el teporocho*, de Armando RAMÍREZ, publicada en 1971. Escrita con completo desacato

de las normas gramaticales, de ortografía y puntuación, la novela hace un uso muy creativo de la oralidad popular. Aquí un trecho:

Al día siguiente me levanto a las seis de la mañana, me lavo la cara y los brazos me echo un poco de agua en el cabello para peinarme, desayuno, me dirigo a la parada del camión, con las manos en los bolsillos delanteros del pantalón, con la mirada clavada en el suelo gris, pienso con tristeza, –siempre todos los lunes me sucede– que ir a trabajar, oír los gritos del gerente, subirse al camión atestado de gente que huele a sabanas, el mal olor de las axilas, las miradas vagas que deambulan y los pisotones los gritos malhumorados del chofer –orale ese jovenaso pasele para adentro, subase pa’riba, circule sin manosear a la señorita, ese chango no se haga güey con lo del pasaje que por el espejo lo lique cuando se subio por la puerta de atrás– y los lamentos de los pasajeros –ora no me empuje, pos si quiere ir comodo vayase en taxi o que se cree muy mgy, que me ve güey soy o me pareco y si no le paso vámonos bajando para rompernos la madre, hijo de la chingada vaya agarrarle las nalgas a la puta que lo pario, que paso mi miss ya nos llevamos a mentadas además yo ni se las agarre, ni que estuviera tan buena para que me calentara. [...] y llegar a la vivienda comer y tratar de descansar y comenzar las lamentaciones, el maldecir y el renegar de la vida, ¡no, no, no, no, no, no, no, no, no, no! no se que va a pasar conmigo a veces quisiera huir, no se adonde, de no seguir, de olvidarme de la rutina, no, no, no, no, no, chingada madre parece que voy a volverme loco, sin ninguna esperanza, condenado perpetuamente a seguir siendo siempre atraves de los siglos de los siglos un trabajador, ahora un trabajador joven, mañana un trabajador maduro, pasado mañana un trabajador viejo, arrugado, achacoso, viviendo de pura suerte, suerte maldita que vale pa pura chingada ¿sera por eso? que cuando llega el día sábado y cobro mi raya me lleno de ansiedad y salgo huyendo, corriendo como desesperado para reunirme con mis amigos, para irnos a divertir, a bailar, a emborracharnos, a buscar una puta, a vivir de verdad aunque solo sea sábado en la noche y el domingo todo el día (RAMÍREZ 2007: 30-33).

Pero hay en esto también una intención de mediación cultural: un intento por aproximar a los lectores de las clases más privilegiadas a las realidades marginales o marginalizadas, tendiendo puentes para una comprensión más compleja de las dinámicas sociales que se dan en esos espacios, tan demonizados por discursos reduccionistas y excluyentes. Al mismo tiempo, las muchas iniciativas artísticas y literarias en los propios barrios (recitales, presentaciones de libros, debates, revistas barriales) demuestran que esta literatura funciona también como un espejo en el que los propios pobladores de estos territorios pueden mirarse y, así, resignificar su propia identidad.

Me gustaría concluir esta plática con una breve reflexión de mi propio quehacer literario en lo que se refiere al uso del lenguaje y a las cuestiones que he apuntado aquí.

La descolonización del lenguaje es para mí una cuestión no solo estética sino, sobre todo, ética, a la hora de escribir en el contexto de la violencia social que estamos viviendo. Mi novela *La reina del Cine Roma*, publicada originalmente en portugués (2009), trata sobre los niños y las niñas que viven y trabajan en las calles de Salvador, Bahía, y de temáticas como la violencia, el abuso sexual, la prostitución infantil, la drogadicción, la transexualidad, etc. ¿Cómo aproximarse a esas realidades sin mirarlas desde afuera, sin simplificarlas, sin exotizarlas, sin hacer de ellas un espectáculo para consumo y entretenimiento de una clase media lectora? ¿Cómo romper las barreras que nos dividen, que justifican la creación y reproducción de categorías que colocan a unos como personas dignas de derechos y justicia y otros como no-personas sobre quienes se puede ejercer una violencia supuestamente legítima e impune, como lo son los llamados “niños de la calle”?

Una de las estrategias que adopté en esa tentativa fue justamente el uso del lenguaje. Narrado por un niño/adolescente gay que vive en la calle, la novela está escrita en un portugués callejero bahiano repleto de *gírias* y expresiones típicas de las calles de Bahía y que, espero, aproxima al lector al universo de esos niños.

Una de las mis inquietudes en todo esto ha sido la traducibilidad de dichos lenguajes. La literatura de los márgenes reivindica lo local, las particularidades culturales –y lingüísticas– de territorios específicos. Al mismo tiempo, esta literatura parece ser un fenómeno global, o por lo menos manifestarse en diferentes formas en diversos lugares del mundo, justamente como reacción a la globalización homogeneizadora. Siendo así, resulta importante preguntarse cómo traducir dichas obras, inclusive como estrategia política de resistencia ante la imposición global de una sociedad única de consumo.

Este dilema se volvió muy tangible a la hora de traducir *La reina del Cine Roma* al español. Al inicio, dos alternativas parecían evidentes: traducir los localismos y expresiones a otros en otro contexto (del bahianés al tepiteño, por ejemplo) o aplanar el lenguaje, eliminando su carácter callejero en aras de la comprensión. Pero ninguna de las dos dio resultado. Traduje el primer capítulo a un español mexicano barrial y el resultado no fue desagradable, pero daba la desafortunada impresión de que “un tropel de tepiteños se había perdido en Bahía y había ido a parar a una novela descabellada que no tenía pies ni cabeza”, como escribí en la “Nota del traductor (que es también el

autor)” que abre la edición mexicana (2012). Y la segunda ni siquiera la intenté, pues me pareció un despropósito casi criminal. Finalmente opté por crear un lenguaje híbrido que de alguna manera mantiene la cadencia y la sonoridad del original, preservando construcciones lingüísticas que no se usan de esa manera en español pero que se entienden en el contexto, e incluso manteniendo algunas palabras en portugués e inventando otras, todo eso mezclado con mexicanismos y expresiones del caló mexicano barrial.

En mi novela aún inédita *Memorias del olvido*, que trata sobre la temática de la migración, el desafío fue plasmar los múltiples registros lingüísticos propios de los flujos migratorios –en el caso, el portugués brasileño nordestino, el mexicano urbano, el rural sureño y el norteño, así como el espanglish de las poblaciones chicanas en los Estados Unidos. Para tal, escribí algunos capítulos en español, otros en portugués, y trechos en inglés y en espanglish. Una vez terminada, me di a la tarea de traducir el español al portugués y viceversa, el inglés al español y al portugués y el espanglish a una suerte de portunglish inventado, para así terminar con dos originales: uno en español y otro en portugués.

Me gustaría concluir estas reflexiones de manera más lúdica, con la lectura de un breve trecho del cuento “Mester de ñerería”, de Primo MENDOZA (2009):

—Do tus pasos os llevan, hijín.

—Maestrín, voy sin duda alguna a la Villa de Tepito, famosa en todos lares por su vendimia.

—¿Y qué lugar de la Mancha urbana es ése, que mi oreja gacha no ha oído nombrar...?
Y ved bien, que sé de eso, puesto que Cruzado he sido, por gracia de los Ejes.

—Abráse visto, Maese Carnalín de la Barca, que ni siquiera coplas a vuestro sacro oído han llegado?

—Nel mi buen Archipeste. Y puesto que sordo he sido, ¡hágase vuestra voz lazarín de mi consciencia en blanco! (p. 103)

Referências bibliográficas

CASTELLANOS, R. *Balún Canán*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010[1957].

DAVIS, M. *Planet of Slums*. Brooklyn: Verso, 2007.

EL SÓTANO DE LOS OLVIDADOS. *Netamorfosis*: cuentos de Tepito y otros barrios imarginados. México: Sur+ Ediciones, 2010.

FERRÉZ (org.). *Literatura marginal: talentos da escrita periférica*. Río de Janeiro: Agir, 2005.

FERRÉZ. *Manual práctico del odio*. Traducción de A. Reyes. México: Sur+ Ediciones, 2012.

MENDOZA, P. *Territorios*. México: Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, 2009.

RAMA, A. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998.

RAMÍREZ, A. *Chin Chin el teporocho*. México: Oceano, 2007[1971].

REYES, A. *A rainha do Cine Roma*. Lisboa: Leya, 2009.

REYES, A. *La reina del Cine Roma*. México: Random House Mondadori, 2012.

REYES, A. *Vozes dos porões: a literatura periférica/marginal do Brasil*. Rio de Janeiro: Aeroplano, 2013.

VERONELLI, G. Sobre la colonialidad del lenguaje. In: *Universitas Humanística* 81(81), 2015, 33-58. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.uh81.scdl>. (10/02/2018).